



José María de Pereda

El 22 de junio

Buscando en mi imaginación algo con que festejar al general Serrano en su exaltación a la regencia del reino, por obra y gracia de la revolución de septiembre, tropecé esta semana en el día 22, y como si obedecieran al impulso de un resorte mágico, en el acto se me presentaron delante de la memoria, entre otros muchos, los nombres de Balansat, Escano, Martorell y Henestrosa.

«¿Qué nombres son éstos?», me dije, oprimiéndome las sienas furiosamente, como aquel que desea ver claro algo que le enturbian el ruido y la percalina de una revolución gloriosa.

Y cuando dudaba del éxito de mis tentativas, otra aparición súbita me hizo la necesaria luz. Era un impreso del año 1867, que contenía estas palabras puestas en boca del general Serrano, siendo presidente del Consejo de ministros el general Narváez:

«Pues qué, ¿cree el señor ministro que no están siempre presentes en mi memoria el coronel Balansat, mi querido amigo; mi hermano Puig, Escano, Cadoval, Martorell, Henestrosa y otros tan inhumanamente ASESINADOS»; que he olvidado a aquellas víctimas, a aquellos «mártires del honor más exaltado»? NO; yo pongo por ejemplo a todos, y aun a los generales más distinguidos del Ejército, para que, cuando se sublevan las tropas que tengan a sus órdenes, SEPAN MORIR COMO AQUELLOS VALIENTES... Sí,

señor

ministro, aconsejo a todos que sigan la conducta de aquéllos, que, CUMPLIENDO CON SU DEBER, murieron dando ejemplo a la generación presente y

a las venideras...».

Cuando, por la noche, supe la muerte de Balansat y de sus valientes cuanto infortunados compañeros, exclamé: «Gracias, Dios mío, por no haberlo sabido hasta ahora. Si lo sé al entrar en San Gil, NO HUBIERA DADO CUARTEL A LOS SETECIENTOS PRISIONEROS».

Y como si este documento fuera poco, otro impreso también, apareció en seguida, de fecha de 29 de junio de 1866, que dice así:

«Queriendo recompensar los eminentes servicios que ha prestado el capitán general del Ejército don Francisco Serrano Domínguez, duque de la Torre, conde de San Antonio, senador del reino y presidente del Senado, vengo en nombrarle caballero de la insigne Orden del Toisón de Oro. -Dado en Palacio..., etc., etc.».

Ahora bien: los eminentes servicios a que se alude en este real decreto son los prestados por el general Serrano en el cuartel de San Gil, apoderándose de los setecientos asesinos de Balansat y de sus valientes compañeros citados más arriba.

De estos asesinos y de otros compañeros suyos de rebelión decía tres días después de los asesinatos al general O'Donnell, a cuyas órdenes entró en San Gil el general Serrano:

Hace mucho tiempo que el Gobierno tenía noticias de trabajos constantes que se empleaban, no solamente para trastornar «las bases fundamentales de la sociedad» y atacar LO QUE TANTO QUEREMOS TODOS LOS ESPAÑOLES:

«el trono

de nuestra Reina y su dinastía...».

Hoy puede asegurar el Gobierno lo que ya dijo en otro tiempo: que si el hecho primitivo ha empezado por una sublevación militar, «los partidos progresistas y democráticos» son los que han sostenido esta conspiración y la han llevado a cabo. «Hoy no pueden esconderse detrás de la cortina»; hoy han hecho actos públicos que HAN ESCANDALIZADO al país y que los hacen responsables «ante los tribunales y la opinión pública INDIGNADA».

A estos datos se me reunió el siguiente, que no es menudo, suministrado por El Diario Español, órgano entonces, como ahora, el más legítimo del general Serrano y demás unionistas:

¿Puede creer nadie que los sediciosos del 22 son hombres que obedecen a otra cosa que AL PUÑADO DE ORO que les dan los turbulentos ambiciosos, «que explotan su miseria y sus malos instintos para satisfacer sus RUINDADES?».

Atando luego todos estos cabos sueltos a los últimos hechos del general Serrano, quise hacer de todo ello una saga, en la forma siguiente:

Un año después de pronunciado por el duque de la Torre el discurso mencionado al principio, se aliaba aquél a los asesinos de San Gil; a los progresistas y demócratas, que, según el general O'Donnell, «merecieron la indignación pública» por ser los instigadores de los asesinatos; a los «miserables y malvados», en fin, según El Diario Español, y derribaba con ellos EL TRONO DE SU REINA Y SU DINASTÍA, «lo

que

tanto queremos TODOS LOS ESPAÑOLES», al decir del duque de Tetuán en 1866.

A esta empresa se la llamó por el mismo general Serrano «Gloriosa revolución de septiembre»; es decir, a la misma combatida por él y por sus

admiradas víctimas heroicas, Balansat y compañeros, en su primera tentativa.

Y dejándome llevar ya de mi memoria, recordé que pocos días después del triunfo septembrino, el general Serrano acudía a la Fuente Castellana a rendir un tributo de respeto y de admiración a los mismos asesinos del cuartel de San Gil, que fueron fusilados allí y no en el cuartel mismo, porque su excelencia no tuvo conocimiento de los asesinatos hasta por la noche del día en que se cometieron.

Y anduvo el tiempo, y el general Serrano llegó a ocupar casi el mismo trono del cual arrojó a la señora que le condecoró con el Toisón de Oro por haber vencido a los asesinos de San Gil, cuyos instigadores le han llevado hoy hasta la alteza por sus eminentes servicios prestados bajo la bandera de los asesinos de Balansat, Puig, Escano, Martorell y Henestrosa.

«He aquí un párrafo -dije- que, aunque es historia pura, marea al más sereno y al de más fuerte estómago».

Y es que la historia de algunos hombres públicos tiene ese triste privilegio.

Así se explica también cómo proponiéndome hacer una sogá, como dije más atrás, con los datos apuntados allí, me salió un charco de cieno y sangre en que mi ofuscada fantasía vio a la revolución de septiembre agonizar con el fango hasta la boca.

Este espectáculo acabó con las pobres fuerzas de mi estómago, y me obligó a abandonar el propósito que tuve de felicitar al general Serrano por su elevación a la Regencia, con algo que fuese digno de su alteza.

Por eso le ofrezco hoy estos retales de mis buenos deseos, aunque en la consoladora confianza que no ha de faltar al señor duque quien le dé mucho más..., hasta el pago que merecen sus servicios a la causa de la revolución, ya que los que prestó a la contraria el 22 de junio de 1866 le fueron largamente remunerados en su día.

(De El Tío Cayetano, núm. 32.)

27 de junio de 1869.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

